

Muerte súbita: de la deshonra al anhelo

MARIA ISABEL DEL VALLE

Algunas consideraciones histórico-sociales

La rotunda certeza de la muerte atraviesa la vida del hombre de punta a punta. Certeza que oprime la conciencia y fatiga la razón.

La muerte burla sin piedad las fronteras del simple entendimiento.

Hermética a la comprensión. Reñida con lo emotivo.

Su complejidad fenoménica la eleva a la categoría de no "inasible".

La convicción de la muerte nace con la vida misma.

Doble alumbramiento que enmarca la trayectoria existencial.

Si bien inherente a la naturaleza humana, y, generosa en su universalidad, la relación vivencial del hombre con la muerte propia nunca fue sencilla. Ya porque marchó a su encuentro por los pasillos de la sumisión y el silencio, ya porque, fortalecido en su rebeldía, trabó con ella la más agria de las enemistades...

Sin duda alguna, enfrentarse cara a cara con la muerte de uno exige, además de templanza, una dosis extra de creatividad. Creatividad, sí, para convertir ese episodio irrevocable e intransferible en una visita preanunciada o en una intromisión feroz.

Allá por el medioevo, aquel hombre descargaba sus miedos más genuinos sobre un sólido andamiaje de valores espirituales. Casi una tregua al alma en medio de tanta adversidad. Una suerte de "armadura emotiva" ante aquellos interrogantes de difícil respuesta.

Y así la muerte, miedo mayúsculo del repertorio, sobrevénia con serenidad. Aunque no menos temible, al menos, aplacada en su angustia.

Amortiguada en sus fuerzas ciegas.

Por entonces todas las causas humanas conocían el lenguaje de las armas. Mas confrontar con la muerte hubiera sido la más insensata de las batallas. Sabia aceptación ante semejante adversario.

En un *degradeé* de emociones e impulsos, el hombre medieval se dejaba llevar. Ebrio de obediencia ante ese mandato existencial que no hacía concesiones ni conocía privilegios.

A convencidos golpes de espada se iba cincelandos en un modelo de muerte: la serena muerte del caballero medieval.

Incorporada a la vida en indisoluble amalgama. Y lo más importante: *prevista* en la conciencia. Constante presencia que garantizaba la estabilidad del orden social.

Sin sobresaltos, paladeaba su muerte con la misma intensidad con que había paladeado su vida.

Por aquellos días, disponerse a morir constituía un acto fundamental.

¿Cómo cederlo a la inconsciencia?

El moribundo se erigía centro de la escena. Dueño único de su propia agonía.

Es más, su previsibilidad mantenía a la sociedad atenta a la organización de pequeños rituales, por lo cual la muerte nunca lo sorprendió solo.

De aquellos, nucleados en su alrededor, recibía compañía física y espiritual en los últimos metros de su trayectoria. Anillo humano en el que el rigor de la muerte individual se diluía. ¿Podría esperarse algo más a la hora de morir?

Es que ese episodio estaba totalmente integrado al comportamiento social y valorizado en su real dimensión. A través de la compañía se terminaba de conformar el suceso.

Pero alguna ventaja obtenían de esto aquellos testigos: a través de vivenciar la muerte de otro, a través de su contacto codo con codo, iban experimentando la interioridad de la muerte personal.

Posesión colectiva en la que se desgastaban los propios miedos.

"Morir rodeado era una satisfacción. Pero también rodear al moribundo, asistir a su muerte era un privilegio."

PHILLIPE ARIES

Aquel hombre moría entonces como su conciencia le había enseñado y como la sociedad lo requería: *advertido* y *acompañado*.

Con la misma fortaleza de ese modelo se definía su contramodelo: la muerte súbita, inesperada (*mors improvisa*).

Dentro del *ranking* de muertes, la más temida. Su mala prensa provenía, no tanto por quebrar agresivamente un derrotero biológico, sino por arrebatar al hombre la vivencia directa de su final.

*"Nada más triste que morir abruptamente (...)
El muerto ha perdido su muerte y eso es lamentable."*

A. M. ALIZALDE

Pero una carencia más traía consigo esta forma de morir: privaba a la sociedad de su participación en el asunto ya que, más de una vez, sorprendía a su elegido en soledad. Una suerte de doble hurto: personal y colectivo.

Por eso, nada bueno podía esperarse de la muerte súbita: aquél, agente directo de una brusca ruptura social, quedaba marcado con el peso de la maldición. Quien hallara así su fin no podía esperar más que el descrédito. Ni qué hablar de una humilde sepultura...

Las religiones han tratado de reivindicarlo, autorizando la inhumación de todo condenado por los rumores de la infamia.

El hombre medieval, convencido de que la muerte era su único destino final, hizo de esa instancia individual una "buena muerte": un episodio de máxima trascendencia, vivido con un bajo grado de angustia.

En otras palabras, reconoció en ese suceso la experiencia fundante de lo vital.

Transitar los últimos peldaños en la serenidad de su reconocimiento fue la gesta máxima que el destino le proponía.

A los costados de la ruta de acceso a nuestros días fue quedando mucho de aquella forma de vivir la propia muerte.

En pleno imperio de la racionalidad y del exitismo, el hombre de hoy arrodilla la esperanza en el santuario de la ciencia.

Nueva forma de devoción que le promete controlar su trayectoria biológica de punta a punta, aun en los bordes más filosos.

Ante tan tentadora propuesta, el espíritu entrecierra sus puertas a aquel refugio de trascendencia que lo había venido abrigando en sus mayores incertidumbres.

Sin embargo, la muerte se resiste a cualquier intento de sujeción.

Fuerza poliforme. Soberana irreverencia.

Desde las filas del pensamiento de vanguardia, las convencidas palabras de Jean Baudrillard:

"La muerte es una anomalía impensable. Las demás son inofensivas comparadas con ella. La muerte es una delincuencia, un extravío incurable."

Sin duda, es el episodio encargado de quebrar la lógica interna del sistema. Tratándose de morir, la cosa nunca fue fácil. Tal vez sea el mayor trauma de la vida humana.

Gracias a este desplazamiento el hombre ganó en desasosiego.

Rehén emotivo de esa "sacralidad tecnológica"

que no logra incluir aún a la muerte dentro de su catálogo de soluciones reales, ineludible reto del destino ante el cual no sabe qué hacer.

Y así se hace de ella un acontecimiento solitario, amputado radicalmente de la vida a la cual pertenece y da sentido.

Asimilada a la caducidad y al disvalor, expulsada de la conciencia individual y social, quedó arrinconada al mundo de la ciencia. Único ámbito que le está oficialmente admitido.

Del otro lado de sus paredes, una colectiva voluntad de *ignorancia* y hasta, por qué no, de *negación*.

Errada estrategia la de estos tiempos. Freud, advertido de ello, sostuvo:

"La única forma de hablar de la muerte es negarla."

Hoy el hombre reniega del intransferible mandato de morir. Por los corredores de su conciencia la certeza de la muerte deambula con un rigor implacable, ausente presencia que lo angustia anticipadamente.

Es que la muerte se ofrece a la mente humana como el mayor de los obstáculos. Frontera insalvable.

Ante esa furiosa *denegación del episodio tanático*, la muerte súbita recobra posiciones.

Inesperado pasaporte a la nada o a un prometedo más allá, conforme al destino final que cada espíritu elija.

Pero su nota más atrayente consiste en ofrecer un salto a la inconsciencia permanente sin escalas en la agonía, siniestro pasillo de salida.

Seducor cambio de estatuto existencial.

Nada más hostil que enfrentarse a los signos evidentes de la propia mortandad: el deterioro psicofísico, el sufrimiento, la enfermedad. Mudas, aunque obstinadas, huellas de un camino sin opciones. Algo que los actuales imperativos narcisistas no ven con buenos ojos.

Privar al hombre de la lúcida posesión de sus últimos instantes hubiera sido una apetencia inaceptable en otros tiempos. Hoy, ese puesto protagónico se cede generosamente.

Una muerte sin aviso, que permita al hombre desentenderse de su condición de mortal, es una alternativa nada despreciable...

En ese trayecto del *descrédito* al *anhelo* se dibuja la huella de sus miedos.

Pero la sociedad no salió muy aventajada en todo esto: la desaparición repentina del otro, fuera de todo registro somático previsible, la privaba del período necesario de elaboración del fenómeno de la muerte, proceso modulado poco a poco en la conciencia a partir de la vivencia directa de la muerte ajena.

Convertido así en el *episodio de máxima ruptura*, se acrecientan sus instintos más salvajes. Dudosa ganancia de la sociedad actual.

Privación individual y colectiva.

En tanto el hombre, capricho repentino de su voracidad, desgajado de su grupo en irreverente manotazo, se enfrenta de golpe a su identidad de mortal en la mayor ignorancia y en el más avaro aislamiento.

Imprevisión y soledad, compleja combinación para no menos difícil momento.

La cultura hizo del morir una *catástrofe biológica individual*.

Alejada de la conciencia, de la advertencia, de la religión. Separada del otro. Ahogada en individualidad.

Esto es lo que nuestros tiempos reclaman como "buena muerte".

Recobrada por las nuevas servidumbres del alma que hicieron de este episodio una fatalidad clandestina.

Requisito de los miedos modernos, la muerte súbita adquiere un *nuevo estatuto tanático*.

Aquel morir, concebido como natural y necesario, quedó archivado en algún recoveco de la historia.

Poco tiene que ver con lo que pasa ahora.

Sumergido en el intento de borrar los límites de la propia naturaleza, este hombre desprecia su nota fundante: su alianza con la mortalidad.

Compromiso inherente, contraído desde su primera hora. Tácito convenio, hoy en crisis.

La clara conciencia de la necesidad existencial de la muerte, carga de sentido, dirección y singularidad a la vida.

Precisa frontera en la que se define la real dimensión de lo humano.

En ese contrapunto existencial el sujeto se conforma, resuelve y perfecciona.

Y así la muerte súbita se ha convertido en el salvoconducto escogido por este hombre mutilado de angustia que se pretende configurar en la utopía de lo inacabado.